



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

BONIFACIO PINEDO



El autor que tenga miedo
que le dé un papel á él;
que haciendo un papel Pinedo
saldrá bordado el papel.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La mujer de Tapioca, por Juan Pérez Zúñiga.—Asesinato, por José Jackson Veyan.—Palique, por Clara.—Mundo, mandillo..., por Ricardo J. Catarinen.—Confiteor, por Sinésio Delgado.—Cartas íntimas, por Carlos Miranda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Bonifacio Pinedo.—Semana Santa.—Actualidades, por Cilla.



Cuando estas líneas lleguen a poder de nuestros lectores, ya habrá resucitado el Señor.

Hemos pasado las naturales angustias durante la Semana Santa, porque el ánimo padece en presencia de las tristes ceremonias con que la Iglesia conmemora la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Los que observan fielmente las prescripciones tradicionales, comen buñuelos el 1.º de Noviembre, bailan en Carnaval, se emborrachan por San Isidro y rezan hasta perder la campanilla durante la Cuarema.

Algunos sujetos se identifican de tal suerte con la situación, que por su gusto se mandarían hacer un trajecito de Nazareno para andar por casa, con corona de espinas y sogá al cuello.

Hay quien tiene novia y suspende las manifestaciones amorosas desde el miércoles de Ceniza por la mañana hasta el sábado de Resurrección por la tarde.

—Mira, Filomena—dice él,—ante todo, la religión de nuestros mayores. ¿Te parece que dejemos el amor hasta el sábado de Gloria?

—Allá tú—contesta la interesada, bajando la cabeza.

Y desde aquel momento ella y él se dedican a toda clase de juegos inocentes, para olvidar que se aman.

Lo más corriente en este caso es ver a una pareja que se distrae haciendo pajaritas de papel ó limpiando los cubiertos con una gamuza ó saltando a la comba: todo menos dirigirse frases de amor.

Las madres de familia sinceramente religiosas, procuran que sus niños se hagan cargo de las circunstancias.

—Mamá, quiero queso—grita uno de los angelitos.

Y la mamá contesta:

—¿Queso? De ninguna manera. Hoy es día de ayuno.

Con lo cual realiza dos grandes misiones sobre la tierra: cumplir la ley eclesiástica y ahorrarse una peseta todos los días en los comestibles.

Los niños de la señora de Fagot, que van educaditos en la abstinencia y el amor al culto, han pasado estos días una *gazuza* monumental. El más chiquitín, que tiene poca piedad cristiana todavía y no conoce la importancia del ayuno, cogió la otra tarde unos guantes de cabritilla de su papá, y si no se los quitaban pronto, se los come.

En muchas cosas se ha notado a primera vista la influencia de las prácticas religiosas.

Ha ido a cobrar el carbonero y dijo la criada:

—La señora no está.

—¿Que no está?—exclamó el industrial teñido.

—No, señor; ha ido a los ejercicios espirituales.

—El primer ejercicio debe ser el de pagar el carbón—replicó el hombre negro.

La señora, entretanto, sentada en una banquetta delante del altar, con las manos cruzadas y la mirada fija en el techo, pide al Señor que la ayude, la conforte y la aumente los bienes. A su

lado otra devota, no menos pedigüeña, masculla oraciones y suspira.

—¿Qué tiene usted, D.ª Zenona?—pregunta la primera.

—¿Qué he de tener, hija? Me estoy acordando de que la criada está sola en casa y me he olvidado de guardar la caja de los polvos.

—¿Y qué?

—Que en cuanto la coja por su cuenta ya se está empolvando, y luego me repugna tener que usar la misma borla.

—No tenga usted malos pensamientos.

—¡Ay, cómo está el servicio! Mi criada es una fiera salvaje, ¡Dios me perdone! ¿Qué cree usted que hizo el otro día? Pues cogió el *cold cream* y untó con él las tostadas, creyendo que era manteca de Flandes.

—Silencio, que ya sube al púlpito D. Cipriano.

—¿Qué palabra tiene ese hombre!

—¡Y qué manejo de manos!

—¡Ay!

—Diga usted, ¿es cierto que la de López se escapó con un teniente de artillería?

—Calle usted, por Dios: no me gusta murmurar, pero estoy indignada. A las siete la vi yo en San Andrés oyendo los gozos, y a las ocho la encontró su marido bebiendo copas en la Sanluqueña.

—¡Jesús!

—Vale más no pensar en estas cosas.

Mientras así practican la religión algunas damas, los esposos respectivos llegan al hogar y dicen a sus chiquitines:

—¿Y mamá?

—Mamá se ha ido a la iglesia.

—¿Y la comida?

—No hay comida, porque mientras salió la muchacha, vino el aguador y se la comió toda.

—A ver, que me saquen una camisa; tengo que ir a defender mi acta.

—No hay camisa—dice la doméstica.

—¿Por qué?

—Porque la señora se ha llevado las llaves del armario.

—Pues vaya usted en su busca.

—¿Y dónde encontrarla? Primero iba a San Sebastián a oír al padre Rejoncillo, porque dice que es de Málaga y tiene un acento muy gracioso; después pensaba entrar en San Cayetano, donde cantan unos coros las hijas de la portera; después a las Cuarenta Horas a San Antonio....

El marido baja la cabeza humildemente, y quitándose la camisa sucia, pide un poco de miga de pan y se pone a restregar con ella los puños y el cuello para ver si logra blanquearlos.

Uno de los chicos anda por la sala montado en un paraguas; otro se ha subido a la cama del matrimonio y trata de saltar a pies juntillas desde el almohadón al lavabo; otro se entretiene en cortar con unas tijeras el fleco de la sillería.

El papá no hace más que maldecir en silencio su triste suerte, dirigiendo miradas de ira a todas partes.

Y entre tanto la esposa, embelesada con la oración del padre Rejoncillo, dice a su compañera D.ª Zenona con acento de profunda piedad:

—¿Qué manera tiene ese hombre de mover los brazos!

—¡Naturalmente! ¿No ve usted que es andaluz?

—Parece mentira que haya quien, pudiendo venir al sermón, se esté metida en su casa peleando con la familia.

LUIS TABOADA.

LA MUJER DE TAPIOCA

Doña Irene, consorte de Juan Tapioca, á juzgar por las trazaras estaba loca desde un parto que tuvo mal ensayado en Alcalá de Henares el mes pasado.

El infeliz Tapioca días y días aguantó sus locuras y sus manías, siendo (y á fe que el serlo no le desdora) víctima del estado de su señora.

Esta dió en la manía disparatada de vivir de avechuchos acompañada, y adquirió una cotorra, seis pececillos, una cabra, dos perros y quince grillos.

Les compraba alimentos en buenas lonjas,

les lavaba ella misma con sus esponjas,
 á comer en su mesa les dió derecho
 y de noche partían con ella el lecho,
 llegando las locuras á extremos tales,
 que á la vez que cuidaban los animales
 tenía en una jaula siempre metido
 al pobre cuernecillo de su marido,
 y delante de gente la mentecata
 le decía: «¡Juanito, saca la pata,
 y para que te vengas estos señores
 hástete en el barreño de las mayores,
 pega unos cuantos brinco en cuanto acabes
 y da las buenas noches como tú sabes.»
 Y por fuerza tenía que obedecerla
 si tranquila y alegre quería verla.
 ¡Cuánto sufrió Juanito tan sólo para
 evitar que su Irene se malograra!
 Mas cierto día el sabio doctor Canosa
 dijo á don Juan: «Amigo, lo que es tu esposa
 no padece locura, como te han dicho,
 y te tiene enjaulado por un capricho.»
 Lo mismo le dijeron otros doctores,
 y una vez convencido de sus errores,
 destrozó de la jaula todos los hierros,
 la emprendió á garrotazos con los dos perros,
 se cansó de tamaños ridiculescos,
 arrojó á la basura grillos y peces,
 se comió la colorra con arroz seco,
 de la piel de la cabra se hizo un chaleco,
 la pegó cuatro azotes á doña Irene,
 la metió en un ropero, y allí la tiene
 presa de un sobresalto morrocotado
 y haciéndola que duerma sobre un felpudo.

Lector: si estás casado completamente,
 de Tapioca el recurso tan muy presente,
 ¡Qué ves que la señora se oscurece un día!
 Pues métela en cisterna con energía,
 y antes que por capricho se finja loca,
 guárdala en un ropero como Tapioca.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡ASESINO!

AL SEÑOR DIRECTOR DE «LA REPÚBLICA IBÉRICA», DIARIO DE ALMERÍA

En el número primero
 de su apreciable diario
 estampa entre las noticias
 una que me causa espanto.
 Asegura usted que ha muerto
 el autor desventurado
 de *Toros de puntas*, obra
 lírico-bufo en un acto,
 que más que un engendro cómico
 es aborto literario,
 que ha vivido en los cartales
 con inexplicable aplauso.
 Hasta hoy muchos periodistas
 sin compasión me zurraron,
 pero lo que es á matarme
 con un notición extraño
 no se ha atrevido ninguno,
 á pesar de que el jurado
 por un homicidio más
 no sentencia á nadie al palo.
 ¡Sólo usted, oh director
 de un papel republicano,
 dictó contra mi existencia
 tan inexorable fallo!
 Si le faltó, no recuerdo,
 pero que á sobre, es claro,
 cuando me quita de enmedio,
 sin más ni más, de un plumazo.
 Si al estadio de la prensa
 así sale de enojado,
 ¿cómo anublará el periódico
 que comienza asesinando?
 Estoy recibiendo el pésame
 de amigos desconsolados,
 y hasta han venido al entierro
 parientes míos cercanos.
 Mi señora, aunque me ve
 que estoy vivo y colgando,
 tiene dudas de que sea
 un muerto resucitado,
 y de noche, al acostarse,
 encuentra á mi lado el taladro.
 Como las noticias corren,
 si de malas tienen algo,
 mis compañeros del Cuerpo
 de Linares y Belanosa

han hecho mis honras fúnebres,
 y yo, que soy el honrado,
 al darles mi fe de vida
 declino un honor tan alto.
 Aunque moría inocente,
 lo de matarme lo paso,
 pero morir pobre y solo
 en un hospital... ¡canastos!
 eso ya levanta en peso
 al más prudente finado.
 No soy, señor director,
 rico, ni menos pensarlo,
 pero tengo seis chiquillos,
 que es un capital no escaso,
 y conservo en propiedad
 cien juguetes estrenados,
 con lo cual, si no eché coche,
 por lo menos voy tirando.
 Ruego á usted que se arrepienta
 de su criminal conato,
 y declare á las naciones,
 para mi eterno descanso,
 que vivo en la villa y corte,
 siempre alegre y siempre gaupo.
 La fortuna que poseo
 en hijos y en papel blanco
 pongo á su disposición,
 y si algún día me embarco,
 pasaré por Almería
 á darle á usted un abrazo,
 que le probará que vivo
 por lo fuerte y apretado.
 Si á pesar de lo que aquí
 lealmente le declaro,
 sigue usted creyendo, amigo,
 que estoy en el otro barrio,
 mandaré mis documentos,
 en forma legalizados,
 y por ellos podrá ver
 que estoy tan robusto y sano,
 y dispuesto á producir
 más escritos que el Testado.
 Pregunte por mí á Sinasio;
 pregunte á los empresarios,
 y á sastres y zapateros,
 y dirán que vivo y calro,

y que sobre con placer,
 y que con disgusto pago.
 Siempre de usted apreciable,

y víctima de sus manos;
 autor de *Toros de puntas*,
 por desgracia,

JOSÉ JACKSON.

PALIQUE

El ingenioso Ramón Correa, que ya viene siendo gracioso lo menos desde el bienio, y que unas veces es eso, gracioso, y otras consejero de Estado ó director de lo que caiga, lo cual tampoco deja de tener gracia, digo que el Sr. Correa, que escribe hoy lo mismo que cuando se trajo el agua del Lozoya, pregunta, muy picado por la curiosidad, qué quiere decir lo de «al buen tun tun», porque él no se lo explica, ni comprende por qué el *tun tun* ha de ser siempre bueno y nunca malo, etc., etc.

¿De dónde viene «al buen tun tun?», Dios lo sabe, en concepto de Correa.

También *Velisla*, otro alto empleado que fué muy gracioso y después lo dejó, para hacerse sabio y persona pudiente, preguntaba, con no menos gracia: «Pero ¿qué diablos significa eso de cantar la palinodia? ¿Qué era palinodia?», Dios lo sabía también.

A *Velisla*, ni el *odia* ni el *palin* le decían nada; ni los tratadistas de ciertas antigüedades tampoco.

¿Qué es eso de «al buen tun tun?»

No lo sé.

Lo que sé es que hay quien usa otra frase que suena de modo semejante: «*Ad vultum tuum*».

¿No lo ha leído nunca el Sr. Correa?

Pues yo sí.

Ahora, si lo del *buen tun tun* viene del *ad vultum tuum*, pregúnteselo Correa á quien sepa más que yo.
 Y más que él, por supuesto.

* *

El Sr. D. Luis Alfonso puede que lo sepa, ó por lo menos sabrá cómo dice eso la aristocracia. ¡Cuidado que se están poniendo cargantes D. Luis y D.ª Emilia! Sobre todo D. Luis, que no tiene tanto talento como su compañera en *high life*.

¿Qué tono se dan con sus relaciones encopetadas! Lo que es Alfonso ya tiene la *marque* de los cocheros de casa grande, á quien el cuello de suela (¿es de suela?), la altura, ó alteza, como dice M. del Palacio, de su posición, y la vanidad de tratar con nobles, dan un terrible aspecto olímpico de escalera abajo. No quiero con esto comparar al Sr. Alfonso con un cochero; nada de eso; por más que los cocheros, sobre todo llamándolos automedones, pueden ser tan dignos como cualquiera; al fin le suena mal siempre á un señorito que le comparen con un cochero. Descarto, pues, de la semejanza todo lo cocherial, porque Alfonso es persona muy fina, y hasta de muy nobles sentimientos; y si como escritor es soso como una calabaza, en cuanto perfecto caballero no tiene quien le ponga el pie delante. Me complazco en reconocerlo así y declararlo. Ya van dos ó tres veces que trueno con él; y volvemos á ser amigos por el atractivo de sus excelentes prendas morales. Vivo luchando entre la idea de engañarle y decirle que es hasta buen escritor, y la de romper por todo y acabar de una vez para siempre unas relaciones literarias que no pueden conducir á nada útil. Es muy bueno, sí; pero es demasiado... inocente, demasiado... ilegible, demasiado Luis Alfonso (Luis Alfonso es para mí todo un género).

¿Para qué más hipocresías? Yo, Sr. Alfonso, no he leído nunca ninguna novela de usted entera, ni corta ni larga; no he hecho otra cosa con ellas más que la experiencia de Echegaray, «*la de los trigos y las orejas*».

¿Sabe usted lo que me parecen sus libros de imaginación (!) de usted? Pues los catálogos del *Printemps* y del *Saint-Joseph*, con muestras de telas y todo. El mejor día, en un libro de Alfonso viene atada, como se pueda, una mesilla de noche estilo Pompadour ó Ramsés II. ¿Qué ancho se pone el ilustre conocedor de las costumbres aristocráticas cuando nos pinta un gabán de color de manteca!

El Sr. Alfonso escribe como aquellas damas anónimas que se burlaban de Bourget porque atribuía un corsé de seda negro á una aristócrata de París. ¡*E pur si muove!* se decía Bourget.

Alfonso debiera recordar, cuando niega á ciertos escritores que hayan visto intimidades de ciertas *clases sociales*, lo que contestaba Flaubert á un crítico, Mr. Froener, que le acusaba de no conocer la Capadocia: «*Mais je la connais, monsieur, je m'y suis promené!*»

Crea el Sr. Alfonso que hay muchos que callan y se han paseado sobre cosas que él cree conocer casi solo... y por las que no se ha paseado nunca, por una especie de respeto excesivo, que me vuelve á mí símil del cochero.

Decía que el Sr. Alfonso no tiene con el cochero de casa grande ningún parecido que sea ofensivo para Luis Alfonso: la semejanza se reduce á la parte plástica de la *marque* material del uno y á la *marque* literaria del otro.

El Sr. Alfonso podía aspirar á la paz del alma, que es la mayor riqueza, según Campoamor, contentándose con ser un periodista de los que pasan sin llamar la atención por este valle de lágrimas y de escritores adocenados; pero el excelente amigo de sus amigos tiene un tic, el tic de la aristocracia, como fuente de inspiración literaria, y esto lo pierde. Sin esa manía, no escribiría

SEMANA SANTA

LA PROCESIÓN



Los sayones de la Carrera de San Jerónimo.



—Mamá, ¿quién es aquel que se está lavando las manos?
—Pilatos.
—Pues mira qué mal gesto pone! ¡Y luego me decís á mí que no lllore al lavarme la cara!



Uno de los goces más puros y candorosos de la tierra.



Ganarás el pan con el sudor de todo tu cuerpo.

Los que hacen un verdadero sacrificio.



Para pasión..... la de este cura.



—No ves aquel que viene aquí á la derecha con un farol muy grande?
—Sí: no le conozco.
—Fíjate, hija, que es el de los palos del último baile de la zarzuela.

LA MESA DE PETITORIO



«.....Tengo el gusto de participar á usted que el próximo jueves pediré para los pobres en el oratorio de San Policarpo, de dos á cuatro de la tarde.»



Un billete de cincuenta pesetas.



Otro ídem de veinticinco, procedente del bacarrat,



Un durito.



Una peseta.



Dos pesetas..... falsas.



Las buenas tardes.



—Yo no paso por el oratorio de San Policarpo y calles adyacentes en todo lo que me queda de vida.

novelas ni le pondría á uno (y á otro) en el compromiso de decirle que las ha leído sin haber podido leerlas.

El Sr. Alfonso es el escritor que cambió el final de una novelilla á la manera que hay quien limpia los guantes, como si los guantes fueran para eso) por consejo de otro escritor... que no había leído la tal novelilla.

Yo recuerdo que en cierta ocasión me proponía el Sr. Alfonso que nos juntáramos varios novelistas (¡ para imponernos á los editores, para no dejarnos explotar, etc., etc.

Pues bien, de todo esto tiene la culpa esa erudición del *gran mundo* que Alfonso posee y quiere utilizar á toda costa en obras de arte.

Es como si un librero, aprovechando la ocasión de tener un buen surtido de tapas para misales, se pusiera á reformar el rito romano investando un misal nuevo.

Pero ¡si el abad juega á los naipes!...

¡Si la discretísima D.^a Emilia da el ejemplo!

¡Pues no decía esta erudita y muy lista y muy fría y nada eterno-femenina señora que *todavía* no se había atrevido ella á tocar en el género de novela que se llama de salón?.

¡Ahí es nada! ¡La novela de salón!

¡Así, como quien dice, el *urim* y el *tummim* de Israel!

Se ha atrevido con el amor, con la religión, con la naturaleza, pero ¡el salón! ¡Guarda, Pablo!

¡Hay que ver á D.^a Emilia en uno de sus ensayos de novela de... *gabinete* burlándose de una butaca *burguesa* ó de un entredós que no está en su sitio! ¡Pobres muebles cursis! D.^a Emilia es la Goncourt del Rastro.

Pero ¿esta señora no se fijará en que ella misma es una honrada burguesa, una dama provinciana á quien ha deslumbrado cierto trato somero con algunas aristócratas?

De Luis Alfonso no quiero decir nada á este propósito. No es una dama de provincia. Es un revistero de salones *declassé*, porque no escribe revistas de salones.

Escribe *salones*, es decir, crítica de pintura.... ¡Tapa, tapa!

¿Por qué no publica Valera uno de esos preciosísimos artículos en que tan bien hace ver lo ridículo de ciertas manías, un artículo acerca de estos inteligentes en *gran mundo* que nos han salido ahora?

El, que sabe de esas interioridades algo más que D.^a Emilia y que D. Luis, porque ha entrado donde la Sra. Pardo Bazán no podía entrar, ni por su sexo ni por su honor, y donde Alfonso no habrá entrado... porque nadie llama á un D. Luis Alfonso para ciertas cosas; él, Valera, el autor de aquella hermosa definición de lo cursi, ¡con qué elocuencia cáustica podía demostrar que es indiscreción y *curtilería* é ignorancia de las leyes de la composición artística, y de la psicología del ingenio creador, esa vulgar y superficial afirmación, desmentida por la historia, de que sólo puede hablar el gran mundo (como si en efecto fuera arca santa) un sietemesino de oficio, ó cosa por el estilo!

Si Tolstoi pintó admirablemente sus Rostow, sus Karenina, su Pedro, su Andrés, su Stiva, su Dolohow, etc., etc., no lo debió principalmente á su condición de aristócrata (y eso que el artista-aristócrata tiene la ventaja de que no se deja deslumbrar como el *parvenu* no artista), lo debió á su genio; y si es verdad que, de no haber conocido tan familiarmente la vida de la nobleza rusa, no hubiera podido copiar ciertos pormenores, de todos modos, siendo Tolstoi quien es, un gran novelista, nos hubiera dado los mismos tipos y caracteres que nos da, en lo esencial, en lo que los hace artísticos. Balzac pintó marquesas y duquesas admirables, aunque idealmente, antes de tratarlas. Media hora de observación del talento verdadero vale más que cien años de vegetar á lo cursi como una planta de estufa en los salones aristocráticos. La vida común, *mezclada*, hoy tan general, sobre todo en España, da ocasión al ingenio agudo, observador é *intuitivo* para hacer estudios de una aproximada exactitud, suficiente en arte, que su prudencia sabrá concretar á lo debido. ¿Sabe Luis Alfonso lo que es *trigonometría* y para qué sirve en la práctica? Pues en el arte de observación hay también su trigonometría. ¿Sabe Luis Alfonso lo que es la paralaje... del sol, v. gr.? Pues en arte también hay paralajes y sirven para lo mismo que las de la cosmografía.

Por supuesto, todo esto sin los recursos experimentales de los que se han paseado por Capadocia.

Y concluyo, aunque no renunció á volver sobre la cuestión, porque no he acabado con el Sr. Alfonso. Pondré como nuevo, sobre el tapete, cuando desde otro punto de vista hable del distinguido periodista en mi colección de *Vivos y muertos* (por supuesto al hablar de los vivos), pondré, digo, como nuevo este mismo asunto, hoy apenas desflorado.

Pero al fin, poco importa que Alfonso hable y piense como le parezca; más triste es que D.^a Emilia ande en tan malos pasos, que influyen de modo deletéreo en sus novelas de ahora; y, lo que es más grave, en su crítica literaria.

CLARÍN.

MUNDO, MUNDILLO.....

Tenía en mi pupitre desde niño
colocada una esfera de madera,
la consagraba mi mejor cariño
y, gracias á la esfera,

manejaba á mi ley la tierra entera.

Hice largos viajes,
tocando con el dedo los parajes
en la esfera marcados;
y de los pueblos más civilizados
pasaba á sus antípodas salvajes.

A veces, hecho un bobo,
dije:—¿Soy dios de este pequeño globo!—
Y ya reflexioné meditando
que toda aspiración es sueño vano
si Dios, cual yo á la esfera, coge al mundo,
se lo pone en la palma de la mano,
y puede destrozarlo en un segundo,
y el mundo es más pequeño que un gusano.

Un día, que pasó la noche entera
trabaja que trabaja
en estas reflexiones de chiquillo,
arranqué de la esfera
el pueblo de París con la navaja
y me metí París en el bolsillo.

Otra noche también, llamando al sueño,
di vueltas á la imagen de la tierra,
la mirada fijé sobre Inglaterra
y dije viendo á Londres:—¿Qué pequeño!—
Y tomándolo á broma,
levantaba la esfera con la mano
y me iba convenciendo de este axioma:
—El mundo es más pequeño que un gusano.

Cansado de jugar de esta manera,
harto de recorrer la tierra entera
y terco en someterla á mi albedrío,
un día la empuñé con mucho brío,
dije:—¿*Levo il mondo!* y destrocé la esfera.

Y otras cien y otras mil destruí;
y si yo fuera Dios y el mundo fuera
esfera de madera....
¡mi palabra de honor, que lo rompía!

RICARDO J. CATARINRU.

CONFITEOR

I

—Padre, yo tengo un amigo
que es un poco calavera.
Quiere llevarme consigo
de broma y de borrachera.

Y yo he pasado un mal año
dudando continuamente
entre acudir al engaño
ó seguir siendo inocente.

—Pero ¿has vencido?

—¡He vencido!

—Pues por sola esa victoria
tienes casi conseguido
el galardón de la gloria.

—Sí, ya lo sé, señor cura;
pero es que, habiendo triunfado
y todo, se me figura
no estar limpio de pecado.

—¿Cómo es eso!

—Vení usted.

A cada proposición
malévola, yo logré
resistir la tentación;

pero á solas luego en casa
se me escapa el pensamiento
y no sé lo que me pasa
porque no sé lo que siento.

El alma se me recrea,
sin querer, en muchas cosas
de que yo no tengo idea....

—Señor cura, arrepentido
vengo á confesarlo todo.
¡Soy un infame!

—¿Has caído?

—He caído, ¡y de qué modo!

—¿Tu amigo....

—Seguí sus huellas;
¡me prometió tantas cosas!

—¿Y qué?

—Comimos con ellas....

—¿Si viera usted que gracioso!

Eran morenas las dos,

con unas ojos así....

—¿Y no has pensado que Dios

¡y me las pinta preciosas!

Veo, cerrando los ojos,
mucha luz, muchos brillantes,
mujeres de labios rojos,
atrevidas, incitantes,

que me llaman sonriendo
para ofrecerme caricias,
y como nada comprendo
de esa clase de delicias,

siento la sangre acudir
velozmente al corazón....
¡y no me deja dormir
la maldita tentación!

—¿Si usted viera qué tormento!

—Perdone usted si le digo,
señor cura, que hasta siento
cierta envidia de mi amigo!

—¡Esa es muy mala señal!

Si no consigues ser fuerte,
caes en pecado mortal
y el demonio va á vencerte.

—¡Esa tan astuto el demonio!

—Piensa en tales ocasiones
que el bendito San Antonio
tuvo idénticas visiones!

—Ya lo pienso y ya lo sé,
—¡Y por celeste favor,
auxiliado por la fe,
salí siempre vencedor!

II

no tendrá piedad de tí
—No meditas en la gloria
de San Antonio bendito,
que supo obtener victoria
en tal caso!

—Si medito
pero es que el santo sin dedito
para el momento oportuno
fué preparando la ayuda
del ayuno y el ayuno.

—¡Por eso venció y fué santo!

—¡Sí, pero no vencería
si hubiera bebido tanto
como yo bebí aquel día!

SINESIO DELGADO.

CARTAS ÍNTIMAS (1)

XL

A UNA NOVICIA

Ficciones son de tus ojos
tales peligros, Rosaura....
No es tan engañoso el mundo
como las monjas propalan;
ni la humanidad doliente
de condición tan liviana,
que todo instante de dicha
lo convierta en hora infanta;
ni el hombre es un bandolero
que, siempre á salto de mata,
por único oficio cuenta
la pérdida de las almas,
y cuando en el pecho anida
de las mujeres incautas,
si encuentra flores al paso,
presto las marchita y aja....

Si que en la eterna balumba
de la sociedad humana,
nuestros instintos convierten
la vida en una batalla;
si que es fuerte el oleaje
de las pasiones bastardas
—vibras que alimentamos
con nuestras propias entrañas;—
mas ¡ay! no son menos fuertes
las olas de la mar brava,
y aun vencidos los escollos
que son de sus iras valla,
cuando se juzgan triunfantes
y llenas de orgullo avanzan,
perecen sobre la arena
movediza de la playa....

Vence el pigmeo al coloso,
y eso nos prueba, Rosaura,
cómo la unión da á los débiles
consistencia de montañas.

mientras las rocas que viven
solas en medio del agua,
cuando el mar—enfurecido
por su resistencia—lanza
sin cesar contra sus rostros
espumarajos de rabia,
ven que la lucha incesante
las debilita y las gasta;
que igual del ciclón á impulsos
ruedan las torres más altas,
si nadie contra el empuje
del vendaval las resguarda.

Y así, ¿no es locura insigne
buscar como tú la calma,
del convento silencioso
por entre las viejas tapias;
suponer que al pensamiento
se aprisiona en una jaula
que limitan de la celda
las paredes solitarias,

sin ver que si el mundo tiene
también sus olas amargas,
no es la soledad refugio
que libre de sus borrascas,
pues el corazón—que alienta
porque la sangre lo inflama—
tarde ó temprano al impulso
de las pasiones estalla,

y aunque el amor (según dices)
sea una *lección orgánica*,
lo cierto es que las dolencias
del corazón se contagian?....

Ese misterioso fúido
que circula por las almas,
bulle y se agita en las venas
como fecundante savia;

y esos labios que pronuncian
exorcismos y plegarias,
en vez de evitar su influjo,
por su contacto se abrasan;

que Dios lo fijó en nosotros
cual eterna ley de raza,
y al ser Cupido un tirano
que á todos nos avasalla,
su férula nos reduce

á la condición de perias
que viven esclavos siempre
de los caprichos del sátrapa,
¿Piensas que dentro del claustro

no has de soñar con fantasmas
que, muertos por tí de amores,
á referírteles vayan;

á los cuales, bajo el peso
de alocinación extraña,
concederás apariencias
que les roba la distancia?

¿No sabes que los productos
de la gestación fantástica,
cual nube que esfuma el viento
ó aroma que esparce el aura,
corren, y vuelan, y giran,
y crecen, y se agigantan;
que suelen de los espíritus
entrar por la puerta falsa,

y al discurrir velocidosos,
con sus vapores empañan
el más purísimo cielo
de la concepción más casta?....

Mira bien, pobre novicia,
que en fuerza de hacerte santa,
con ayunos y cilicios
tal vez tu desdicha labras:

ve que no deja la carne
que se le pongan mordazas;
contempla bien lo espantoso
de la vida que te aguarda,

y al par medita si tienes
fuerzas para soportarla....
Sabé que con la clausura
que imponéis á vuestras almas,

tus deseos amorosos
serán criminales ansias,
y nadie se libra de ellos,
porque es el amor, Rosaura,

manantial que no se agota,
corriente que no se para
y abismo que no se ciega
y antorcha que no se apaga!....

Mira que en humano pecho
no es perdurable la calma;
que despertarán un día
los sentimientos que hoy callan,

desenvuelta ya la tesis
generadora del drama;
y que has de escuchar entonces,
cual anatema que espanta,

una voz que tal vez sea
germen de tardías lágrimas,
¡voz que, como á nuevo Lázaro,
te ha de gritar: «Surge et ámbula!»

CARLOS MIRANDA.

CHISMES Y CUENTOS

Una noticia:

«La joven que se fingió anteayer de la raza paterna con un cochero fué detenida ayer tarde.»

«Se fingió anteayer y no la cogieron hasta ayer tarde!»

Pues ya sé lo que habrá dicho el cochero;

—¡A buena hora, mangas verdes!

El gobernador civil de la provincia cometió, según parece, la imprudencia de no interpretar fielmente los sentimientos religiosos del pueblo de Madrid y consintió que se celebrase una corrida de toros el domingo de Ramos.

A consecuencia de lo cual unos cuantos periódicos, algunos de ellos liberales, le pusieron como chupa de dómíne.

(1) De un libro inédito que lleva este título.

Escarmentada la autoridad, prohibió no sólo la corrida anunciada para el miércoles, sino todos los demás espectáculos. ¡Y aún le debemos estar agradecidos porque nos dejó jugar á la brisca!

Comprendo ese noble afán de no permitir á la gente que se condene, aunque quiera; pero entonces, ¿á qué viene hablar del progreso moderno y de las conquistas de la libertad?

Porque uno de los derechos del hombre debe ser ése: el de ir á las calderas de Pedro Botero cuando le dé la gana.

¿Ó hasta para eso va á ser preciso un volante del alcalde de barrio?

Un anuncio:

«El doctor Andrez ha descubierto un rapé llamado *masadina* para curar á tiempo y en pocas horas los resfriados de nariz ó de la cabeza y aliviar la jaqueca.»

¡Me alegro muchísimo! Pero ¡por Dios! que no lo anuncie demasiado, como las pastillas de marras.

Porque nos va á dar dolor de cabeza; y aunque luego se nos cure en pocas horas con la *masadina*....

Otro anuncio:

«Todos los hombres honrados y activos pueden ganar cinco duros diarios.»

¡Caramba! ¿Todos?

Pues ha resuelto usted la cuestión social en un momento.

Pero diga usted, ¿hay que trabajar más de ocho horas?

Porque en ese caso no queremos los cinco duros.

Vaya, echaremos el día á anuncios.

Allá va el tercero:

«Nuevo aparato fotográfico de bolsillo. Hace retratos de parientes, amigos y paisajes.»

¡Vamos! Una cámara oscura que no sirve más que para las personas de confianza. Quiere usted retratar á uno que pasa por la calle y ¡nada! no sale. Pero tenga usted un amigo entre la multitud y ¡zas! saldrá solo el amigo. ¿No es una verdadera monada eso?

Lo que no entiendo es lo de parientes, amigos y paisajes.

¡Habrán querido decir *paisanos*!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Asadura.—Hay pocas cosas más forzadas y más pedestres. ¿Usted cree que una señora puede decir con naturalidad «vive el cielo»? ¡Ni en los dramas románticos!

Guzmán el malo.—El bastante mediano por lo menos.

Uno que empieza.—Y que acabará en tan Guzmán como el anterior, al paso que lleva.

Peneque.—Idem de medianía.

Un novel.—Pues señor, va de noveles

que han perdido los papeles.

El nieto de Calixto.—Eso está escrito con soltura y gracia. Claro está que no puede publicarse, puesto que casi es una carta particular, pero.... si mandara usted otra cosa....

Chipsaie.—«El amor es el medio por el cual el género humano se mueve con el amor el mundo es un manantial pues solo su nombre á todos conmueve.»

El que averigüe la clase de versos que usted ha querido hacer, habrá puesto una pica en Flandes.

T. D.—Muy bonita.... para un devocionario malo.

Sr. D. E. F.—Coruña.—No; no es que sea plagio; es que el asunto se ha tratado tantas veces en la misma forma que se ha hecho vulgarísimo.

Aspasio.—*Relias* y *arroyuelos* no son consonantes durante la Cnaresma. Porque no se puede mezclar carne y pescado.

Quintillas.—Pues mire usted, no está mal versificada y tiene su poquito de sentimiento, pero ¡es tan larga y tan machacona!

Jabonillo.—Al revés, morena:
«Quien debe fama y dinero
sólo al favor de la gente.....»

es quien puede levantar la cabeza, compadre.

Pepe Capullo.—¿Qué adocenadísimo es usted y qué poquisima ortografía sabe!

Hilarión.—Hombre, pretender que yo publique eso es candidez y media. *Ha diciendo aquel par* es castellano. Porque *par* es singular y es el sujeto de la oración. Por eso se dice *no llegó la pareja*.... ¿estamos?

Un ripio.—Hombre.... no dicen nada de particular.

Sr. D. C. B.—Y esos.... lo poco que dicen es como si no lo dijeran.

Soliva.—*Idem* antes *idem*.

Un chiquita.—Lo mismo maneja usted la prosa que el verso; es decir, lo mismo fusila usted ambas cosas sagradas.

Juan Pérez.—Usted es el que no ha entendido la contestación, por lo que se ve.

Albert-Guy.—Esta semana han llovido los cantares anodinos. Lo siento mucho y.... no le digo á usted más.

A. Q. Arias.—Dígale usted á Isabel que no haga eso, ¡caramba!

El gótico.—Eso es muy viejo.

Sr. D. P. S.—El lo había recibido, pero como el soneto no es ni *fin ni fa*, y la idea es tan antigua....

Fernandé.—También la había recibido y tampoco me había parecido publicable.

Fido.—¡Más cantares! ¡Y de la misma clase que los aludidos más arriba!

ACTUALIDADES



Único modo de pasar por la calle de Peligros.

Lst. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

A N U N C I O S

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELBAO

DIBUJOS DE GILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela*.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.